

Índice

Prólogo de Mabel Lozano	11
De corazón	15
Capítulo 01	19
Capítulo 02	39
Capítulo 03	55
Capítulo 04	71
Capítulo 05	85
Capítulo 06	99
Capítulo 07	115
Capítulo 08	129
Capítulo 09	145
Capítulo 10	161
Capítulo 11	177
Capítulo 12	193
Capítulo 13	213
Capítulo 14	231
Capítulo 15	251
Capítulo 16	269
Capítulo 17	289
Capítulo 18	307
Capítulo 19	325
Capítulo 20	347
Algunos datos	371
Epílogo de Mirta Drago	387

«En el siglo XIX, la comunidad internacional se unió para declarar que la esclavitud era una afrenta a nuestra humanidad común. Hoy, los gobiernos, la sociedad civil y el sector privado deben unirse para erradicar todas las formas contemporáneas de esclavitud, incluido el trabajo forzoso. Juntos, hagamos todo lo posible para ayudar a los millones de víctimas de todo el mundo que viven en la esclavitud y han sido privadas de sus derechos humanos y su dignidad».

Mensaje del secretario general de la ONU.
Día Internacional para la Abolición
de la Esclavitud, 2014

«Pienso en las personas obligadas a ejercer la prostitución, entre las que hay muchos menores, y en los esclavos y esclavas sexuales».

Extracto del mensaje «No más esclavos, sino hermanos», del Papa Francisco el 1 de enero de 2015, en la celebración de la XLVIII Jornada Mundial de la Paz

Prólogo

Hace diez años apenas se hablaba de trata en nuestro país. A algunos aquello de la «trata de blancas» les sonaba como algo pasado y, desde luego, lejano a nuestra sociedad del bienestar.

Conocer de primera mano la realidad que sufren muchas mujeres y niñas que son compradas y vendidas en nuestro país como carne, como simple materia prima de la que lucrarse, fue el detonante que me empujó a escribir y dirigir mi primer documental sobre la trata, *Voces contra la trata de mujeres*.

La trata desde ese momento para mí dejó de ser una frase, un número, un delito, para llamarse María, Teresa, Svetlana... Para convertirse en un rostro de mujer, de niña. Todas ellas víctimas del silencio, de la exclusión social, todas desnudas también de derechos. Ya no quería callar, quería contar esta terrible realidad, contarlo con sus voces, con sus testimonios, denunciar la vergüenza de la esclavitud del siglo XXI.

Muchos amigos se burlaron de lo que les contaba y me decían lindeces y topicazos como «la que es puta es porque quiere» o «porque pago ellas pueden vivir». Fueron muy pocos los que entonces creyeron lo que les contaba de las promesas de una vida mejor que hacían a estas mujeres y niñas en sus países de origen para después someterlas a la esclavitud sexual en el nuestro; de sus sueños de emprender un viaje hacia una oportunidad para mejorar sus vidas y la de sus familias para, más tarde, ver como estos sueños se convertían en una pesadilla, una pesadilla sin retorno, sin salida. Solas, sin documentación, muchas sin conocer el idioma, violadas, humilladas, explotadas para el lucro de sus «amos».

En este cambio de rumbo de mi vida coincido en una charla con la periodista Charo Izquierdo, por entonces directora de *Yo Dona*, una mujer comprometida y que, a través de las páginas de su revista, mostraba mujeres bellísimas e importantes pero también

mujeres y niñas que contaban historias de vidas duras, de vidas llenas de sacrificios, de burkas, de mutilación genital, de mundos que había que cambiar...

Le conté a Charo mi proyecto, la película que había escrito y quería dirigir, le hablé de la trata, de las mujeres, de María, Teresa y Svetlana, mujeres como nosotras que habían sufrido en sus carnes las mayores atrocidades.

Le hablé del viaje que quería emprender a Rumania y Moldavia, que eran los países de donde provenían mayoritariamente las mujeres que eran explotadas en nuestro país, un viaje a los países de origen para después regresar al nuestro donde eran explotadas.

Charo no dudó, me tendió su mano y así comenzamos un viaje juntas contra la trata, el mío real y el de Charo dando visibilidad a través de las páginas de su revista a muchas de las historias de mujeres supervivientes de trata que tuvieron la valentía y generosidad de compartir su viaje al horror para, de esta manera, ayudar a otras muchas mujeres «en riesgo» y que no cayeran en manos de los tratantes, de los proxenetas.

Después de ese primer largometraje sobre trata con el punto de vista en las víctimas, que fue pionero en nuestro país, llegaron más trabajos que abordaban la trata desde la corresponsabilidad que tiene el cliente con este delito, pues la trata se rige bajo una única ley que es la de la oferta y la demanda, también con el punto de vista en la opinión de los jóvenes, presentes y futuros consumidores, campañas nacionales e internacionales sobre trata con fines de explotación sexual como la de la Policía Nacional española. Mayoritariamente mis trabajos como cineasta versan sobre la trata de mujeres y niñas con fines de explotación sexual y están a favor de los derechos humanos.

Durante todos estos años, Charo siempre ha estado a mi lado a nivel profesional, apoyando todos estos trabajos y dando visibilidad a estas terribles historias reales. Hemos formado un buen equipo, en mi caso, utilizando como herramienta el cine y, en el de Charo, la comunicación; ambas con el firme propósito de cambiar el mundo para las mujeres y las niñas más vulnerables... y cuanto antes.

En todo este tiempo nació una gran amistad entre nosotras que, para mí, es uno de los mayores regalos que me ha ofrecido la vida.

Desde 2010 la trata es delito en España y, desde esa fecha, se empieza a tener mucha información de la manera de operar de los tratantes de personas, pero también de lo rentable que es el negocio de la compra y venta de seres humanos; de hecho, es el tercer negocio más lucrativo del mundo tras las armas y el narcotráfico. Por eso era el momento de contar esta gran tragedia humana colocando el punto de vista en la mirada perversa del gran negocio que significa la esclavitud sexual.

Y así nace *Chicas nuevas 24 horas*, un proyecto multidisciplinar que, a través del cine, la fotografía, el 2.0 y la literatura, denuncia la trata para la explotación sexual.

Después de años de investigación en los distintos países de origen, decidimos emprender un viaje al contrario del que realizaron mujeres y niñas víctimas de trata en nuestro país, siendo de origen paraguayo, colombiano, etc. Pero también la investigación nos lleva a conocer una trata de menores muy desconocida para nosotros porque está muy localizada y se centra en una región minera muy concreta de Perú.

Y es en este último tramo de nuestro viaje por Latinoamérica después de rodar *Chicas nuevas 24 horas* en Colombia, Argentina y Paraguay donde, ahora sí, de una forma real, nos acompaña Charo Izquierdo.

Juntas emprendemos el camino desde las preciosas montañas de Cuzco a través de la recién estrenada carretera Interoceánica para llegar a los lavaderos de oro en Madre de Dios, en el corazón del Amazonas, una zona completamente deforestada y donde los ríos son de color amarillo por el mercurio vertido, todo como consecuencia de la extracción ilegal del oro.

Madre de Dios tiene una población de más de 15.000 de estos mineros ilegales, cuya única diversión es consumir sexo y alcohol. Ante el miedo de contraer enfermedades, demandan sexo de menores y, por eso, el precio de una menor con poca experiencia sexual se compra por dos gramos de oro y el desvirgar a una

«muchachita» hace incluso creer a los mineros que conseguirán encontrar más oro.

Y es aquí donde nace esta novela: en las preciosas montañas del Alto Andino, donde las familias viven únicamente de lo que cosechan en sus tierras y donde los hermanos mayores tienen la responsabilidad de alimentar a la familia igual que el papá y la mamá. Por esta razón a muy pronta edad tienen que buscar trabajo fuera y, también por eso, caen en manos de los depredadores, de los dueños de vidas ajenas.

Desde esas aldeas donde las niñas son prácticamente todas quechua parlantes emprendemos el viaje para llegar a los «me-gas», grandes y jóvenes pueblos construidos en Madre de Dios alrededor de la minería aurífera. Pueblos construidos con tejados de plástico azul en los que se hacían cientos de niñas menores que trabajan en los prostibares donde son obligadas a consumir alcohol y a tener relaciones sexuales con los mineros. Niñas que, cuando caen enfermas o se quedan embarazadas, simplemente, se pierden en los ríos.

Esta es una novela única y apasionante. Una novela basada en la historia real de una de estas «muchachitas». Una novela llena de ternura, pero también dura como no podía ser de otra forma cuando se habla de la esclavitud a la que son sometidas estas menores.

Una historia que va creciendo en intensidad cada capítulo, que te cautiva, que te lleva y te trae desde el Amazonas a Madrid, para devolvernos al Amazonas con el corazón encogido y sin poder parar de leer.

Una novela imprescindible, como no podía ser de otra forma, escrita por mi amiga Charo, una mujer sensible e inteligente.

Mabel Lozano

Documentalista especializada en derechos humanos
y directora de *Chicas nuevas 24 horas*



*Making of de Chicas
nuevas 24 horas*

De corazón

Esta historia no existiría si Mabel Lozano no hubiera entrado en la mía. Uno de esos regalos que te hace la vida. Ella soñó que yo escribiera este libro. Y yo hice realidad su sueño. Con mucho amor y con mucho vértigo. Sin Mabel este libro no hubiera sido posible. Pero tampoco mi conocimiento del tema ni mi acceso a mucha de la documentación utilizada para escribirlo. Ni sentiría tanto interés por este tema tan doloroso, contra el que decidí luchar en la medida de mis posibilidades desde que ella me introdujo en él hace nueve años.

Hice mío su sueño. Y lo hice realidad gracias a otro regalo, el de Jeanne Bracken, Nuria Coronado y Cristina Álvarez, de LID Editorial, que creyeron en mí con los ojos cerrados. Como se empieza a soñar.

Gracias, Mabel. Por haber dirigido el documental *Chicas nuevas 24 horas* en una de cuyas historias está inspirada la novela. Por haberme permitido compartir una semana en Perú, que se desliza en una gran mayoría de las páginas de este libro; aquí están sus olores, sus paisajes, sus gentes.

Gracias a Annabelle Aramburu Picasso, directora de 7Arte Vital, productora del documental *Chicas nuevas 24 horas* en Perú. Por acogerme. Por cuidarme. Por tratarme, y por hacerme sentir, como una más.

Gracias al equipo de rodaje. A Rafa Roche. A Mauricio Aristizabal. A Manuel. Por su generosidad.

Otro regalo en la vida: Rocío Mora, coordinadora de APRAMP. Inspiradora. Colaboradora. Seguramente una de las mujeres que

más sabe sobre trata de niñas y mujeres con fines de explotación sexual. Sus conocimientos, sus conceptos, sus contactos han sido fundamentales a la hora de tejer la historia. Gracias a ella, a Rocío Nieto y a las mediadoras de APRAMP con las que pasé varias tardes y con quienes desearía pasar muchas más. Aprendí de trata. Y de humanidad.

Gracias a José Nieto, inspector jefe de la Unidad Central de Redes de Inmigración y Falsedad Documental (UCRIF), por sus enseñanzas sobre el sórdido negocio de la esclavitud.

Tengo que agradecer conversación y materiales a Andrea Claudia Querol, de la ONG Capital Social Humano Alternativo. Y a Óscar Guadalupe y su esposa Ana Hurtado, fundadores de la Ong Huarayo y del albergue que dirigen en Mazuko. Gracias a ellos tuvimos el testimonio de la niña peruana víctima de trata. De hecho sus nombres son los únicos que he respetado en esta historia. No me parecía justo cambiarlos. Pero además desearía que a través de este libro consiguieran que alguna ONG internacional colaborara con ellos en la maravillosa labor que realizan desde hace 17 años. También es real el nombre de Yandí, una de las protagonistas del documental *Chicas nuevas 24 horas* que sirve de base a esta historia.

Es un honor contar con un epílogo de Mirta Drago, directora de comunicación de Mediaset España. Sobre todo porque tengo la sensación de que, con la suya, hay otra energía más que se añade a la causa de la lucha contra la trata.

Gracias a mi *dreaming coach*, mi querida Mayte. Soñar es gratis. Construir los sueños es trabajoso. Pero el placer, inmenso.

... Javi, no hay agradecimiento real ni suficiente para tanto cariño y tanta comprensión.

Puta no soy

Si hubiera sido puta, tal vez me hubieras amado.
Si hubiera besado tu falo, me hubieras amado.
Si tal vez otro habría grabado mi piel en sus labios, ahora tú
serías mío.
Tan mío como creí que lo eras.
Simplemente me despojaste las bragas
y humillaste mi inocencia.
Si te hubiera amado con mentiras, tú me amarías.
No me amabas, yo era tuya.
Tú solo jugabas.
No era puta, era simplemente una mujer que te amaba.
Creía en la pureza de tus labios.
Te entregué mi piel.
Te entregué mi vida
Por no ser puta crucé el infierno.
Y te amé
La amabas.
Si hubiera sido descarada,
me hubieras amado no por ser puta, sino por ser solo tu mujer.

Amelia Neruda (Poemas del alma)

Estuve muerta, al menos unos segundos, o inconsciente, que ahora a mis dieciséis años sé que es parecido a morir.

Antes tuve tiempo de ver al chancho enorme aquel, felpudo, de un gris sucio como solo puede ser el gris de los cerdos, con unas manchas negrísimas que le daban todavía un aspecto más repugnante.

Se apareció de pronto, a saber de qué chiquero salió, y se quedó allí, cruzado en la carretera, no más. Tengo bien reciente aquella cabeza descomunal de ojos estúpidos, con la baba colgándole del morro, viniéndose derechita a todo correr hacia nuestro carro, haciéndonos perder el rumbo y el sentido.

El hombre que manejaba dio el aviso: «¡sujéten...!»». No le dio tiempo a pronunciar el «se», ni pudo terminar la maniobra con la que intentó librarse de la bestia. El conductor, pareja de la amiga de mi tía Rous, perdió el control del volante. Aquel hombre encontró su final por culpa de un chancho rabioso. Así fue, no más.

Dudo que yo hubiera tenido tiempo de agarrarme de alguna forma, pues todo fue muy apurado, segundos apenas. Esos, ahora lo sé, en los que tu existencia baila caprichosa entre la luz y la oscuridad; segundos que cambian tu destino; esos que te cambian la existencia o la estrangulan. El silencio se hacía lugar entre los chillidos del cerdo en su matanza, los gritos de dolor de los heridos y los aullidos de los vivos en su descubrimiento de los muertos.

Hasta que los chillidos histéricos del marrano en su agonía me devolvieron a la tremenda realidad. Por desgracia, no había sido

un mal sueño. Cuando logré recordar lo ocurrido, el cuerpo, apriionado entre los asientos del carro, me temblequeaba de punta a punta. Las manos y los pies buscaban inútiles una salida precipitada por donde escapar de aquel infierno.

Mientras, iba dándome ánimos con los que celebrar mi suerte. No hacía más que repetir para mis adentros: «Luna, estás viva. Tranquila».

Aquel segundo de muerte me supo a sangre. La busqué por todo mi cuerpo. Ni siquiera el alivio de no hallar en mí un solo rasguño logró borrar aquel sabor agrio y espeso, como de diente arrancado de cuajo o de nariz golpeada, que conocía bien gracias a las palizas que mi papá nos daba a mi mamá, a mi hermanito y a mí, en aquella manera suya de recuperar una hombría que nunca había tenido.

El color pardo del carro apenas se distinguía de los troncos contra los que nos habíamos empotrado. Estaba en el interior de un acordeón hecho a martillazos. La visión de aquel amasijo metálico me provocó sensación de vértigo. Un malestar agudo se agarró a la boca del estómago, aunque el miedo a morir ya había desaparecido. Todavía no me había escuchado decir una palabra. En mi cabeza, a punto de estallar, se arremolinaban un montón de preguntas. Inmediatamente pensé en mis compañeros, en cómo íbamos a proseguir el trayecto, si es que decidíamos continuarlo. Uno a uno fui buscando y clasificando los vivos y los muertos, mientras miraba ansiosa a la izquierda y la derecha del coche, como si esperase la llegada milagrosa de un salvador. Quería saber cómo estaban, con la esperanza de que hubiera ocurrido un milagro. Habían pasado unos escasos segundos, pero el caos hace eternos los minutos. Me hubiera gustado rebobinar el tiempo y regresar al principio, cuando solamente conocíamos la alegría y la excitación con la que emprendíamos aquel viaje.

Entre lágrimas sonreí agradecida, feliz, cuando descubrí que a mi lado mi tía Rous se movía para palpase uno de los tobillos. Después reparé en su amiga. A la hora de subirnos en el carro había pedido sentarse detrás porque delante siempre mareaba y, lo que era peor, como nos anunció a modo de amenaza ella era de las que vomitaba. Aparentemente, tampoco había sufrido daño alguno, salvo un cristalito del parabrisas clavado en la frente.

Tardé en mirar a quien más deseaba mirar y a quien más temía mirar. El silencio de Yanai confirmó mis malos augurios. Mi amiga, mi hermana, mi compañera de vida y de aventuras, parecía no querer despertar. Inmóvil en el asiento del copiloto, ni siquiera notó el cosquilleo de aquella mariposa que caprichosamente fue a posarse en su hombro descubierto. Un hermoso ejemplar de alas moradas, moteado de puntitos amarillos, que en cualquier otro momento habría desencadenado en ella una alegría explosiva. Pero Yanai no movió un músculo. Quieta o muerta, valga la redundancia.

Con desesperación me abracé a su cuello inerte, negándome a aceptar la posibilidad de que mi amiga, a quien yo consideraba parte de mí, se hubiera ido. Lloraba, gritaba y pataleaba queriéndome zafar de aquel hombre que jalaba de mí con fuerza para rescatarme de mi prisión, tratando de arrancarme del cuerpo y la sangre de mi amiga, con quien había formado una comunión perfecta desde hacía siete años, casi la mitad de nuestras vidas. Pero yo no quería abandonar el cuerpo de Yanai, quería morir con ella.

Cuando finalmente aquel samaritano logró arrancarme de la muerte, tras haber ayudado primero a mi tía y a su amiga, yo caí literalmente al suelo pues las piernas no me respondían. No tenía otro pensamiento que mi Yanai, y una vez sentada pensé morir yo también, con un vómito histérico producto del miedo, del *shock* y el asco de aquel horror. Cómo iba a vivir sin mi amiga.

Mi tía Rous me indicó que mirase al otro lado de la carretera. La tragedia no se había quedado solo en nosotros, otros dos coches habían colisionado cuando el animal salió despedido por el impacto.

De nuevo sentí las arcadas amargas. Volví a vomitar. Esta vez más fuerte. Vaciando el estómago y mucho más el alma... Con lo poco que había comido ese día. No dejaba de temblar, estaba en estado de *shock*. «Sí, Luna, después de todo has tenido suerte», pensé, para arrepentirme al minuto.

Me dirigí al coche pensando que podría ser un error, que Yanai estaba inconsciente pero con vida. Limpié la sangre de su carita,

acaricié sus brazos, la zarandé, grité su nombre enfadada, reprochándole que hubiera olvidado que teníamos que llegar juntas a Puerto Maldonado, que me abandonara a la mala suerte, cuando creíamos que por fin nos había visitado la fortuna. Por fin habíamos conseguido un trabajo de verdad y ganaríamos muchos soles. «No puedes irte. No puedes dejarme sola», le reproché. «No puedes hacerme esto, ¿me oyes, Yanai?».

Nuestro salvador y mi tía quisieron apartarme de ella, pero yo no estaba dispuesta a abandonarla así como así, aunque al final, no sin mucho esfuerzo, lograron zafarme de su cuerpo.

Me senté un rato bajo la sombra de un árbol gemelo al del accidente, consumiéndome en un llanto desgarrado con la vista clavada en la hacienda de ladrillos y adobe que tenía enfrente, tan típica de la zona, de la que seguramente había salido el maldito chanco. Luego paseé la mirada por los sembrados, donde más allá, en el horizonte, ajenas a la desgracia, brillaban las cumbres nevadas de la cordillera andina.

Nada ayudaba a amainar el dolor, ni siquiera las lágrimas eran un consuelo. Mi gimotear entrecortado empezó a cansar a mi tía. Molesta se dirigió a mí en un tono severo: «calle, niña. Se acabó el plañido».

La humedad pegajosa, aquella lluvia fina pero pesada tan propia de los meses de invierno, no me ayudaba en absoluto a recuperar la calma. Incluso las vacas terrosas que pastaban en la hacienda vecina se movían con más lentitud de la acostumbrada.

No sé cuánto tiempo pasó. No sé si desperté de un sueño o de un desmayo. Solo sé que al abrir los ojos recuperaré el olor ácido de la sangre. Demasiado intenso como para ser solo el recuerdo aromático de los cuerpos de los muertos. Únicamente entonces fui consciente de que el sabor a sangre tenía origen: la lengua me ardía. Durante el golpe me la había mordido y la sentía como partida en dos.

El lugar del accidente había desaparecido. Del carro, la hacienda, las vacas, los árboles no quedaba rastro. Viajábamos en una

trimoto, vehículos muy corrientes en la zona en los que una moto tira de un carro cubierto de un plástico. Mi tía Rous iba delante, junto a un conductor desconocido, y yo detrás.

El hombre se dio cuenta de que por fin estaba despierta. Se volteó y me sonrió con una expresión bobalicona que no se arrancararía de la boca el resto del viaje, la misma expresión que el hombre que me había rescatado.

Mi tía Rous me explicó que no habíamos hecho ni una hora de viaje desde Cusco cuando sufrimos el accidente. Había sido cerca de la laguna de Qoyllur Urmana, en la entrada de Urcos. Uno de esos pueblos famosos por tener un mercado colorido donde no tuvimos tiempo de parar.

De nuevo comenzó a llover. Recordé que antes del accidente también llovía mucho. Y los truenos nos movían las ideas. Y los rayos incendiaban esa mañana el cielo como nunca lo había visto siquiera iluminado por el sol.

Yanai. Busqué inútilmente a mi amiga en aquel pequeño habitáculo. Sentí que la había traicionado dejándola allí al cuidado de aquella mujer destrozada por haber perdido a su compañero. Se había quedado sola en el lugar del siniestro, al cargo de todo.

Apenas unas horas antes, Yanai gritaba de forma escandalosa mientras contaba trimotos pintadas de un único color. Precisamente la monocromía en este país es una rareza pues los colores se mezclan revoltosos unos con otros para alegrarnos la vida pesarosa. Contábamos de dos en dos y de tres en tres, y siempre ganaba ella, porque Yanai era rápida con los números. Ella había ido más años que yo a la escuela, también su madre. No era mi caso, aunque mi mamá contar claro que sabía, pero despacio, como todo el mundo.

En medio de aquella ensoñación, en la que veía a Yanai celebrando como una chiquilla su victoria, veintidós azules frente a dieciocho amarillos, vi al cerdo descomunal corriendo hacia nosotros. De repente, se había impuesto un estruendo que pudo ser trueno de tormenta, pero no lo fue, ni su sonido se alejó ni alivió, como

hubiera hecho el trueno, huyendo por aquella zona algo boscosa por la que discurría la carretera. No. Aquel estruendo se había quedado con nosotros. Y retumbaba en mi mente abotargada, como retumbaban en mi corazón los gritos infantiles de mi amiga; y en mi retina, su sangre.

Con tanta lluvia, la trimoto apenas avanzaba. Se veían muchos carros varados, en lo que después supe que se llamaba «arcén», pero hasta entonces para mí era «a un lado». También muchas vacas, que no servían para dar leche, solo para carne, tan cara que era un imposible para la gente como yo. Nuestra boca solo conocía la gallina o la carne áspera del cuy. Las reses parecían no moverse, al igual que nosotros, en medio de aquel diluvio y aquellos fríos que en un alarde de imaginación alguien había llamado «friaje» y que en los meses de julio y agosto hacían bajar las temperaturas con brusquedad y rapidez.

Este estaba siendo un año muy duro. Lo gracioso es que me habían regalado unos zapatos deportivos y una sudadera con capucha porque decían que llegaríamos a 16 o 17 grados. Yo tenía un jersey largo de hacía dos años, del último friaje. Mi abuela se lo tejió a mi madre antes de marcharse al cielo. En los días previos al viaje mi tía me había dicho que ya no me valía bien, que allá donde iba a llevarme no lo usaría porque el calor era continuo y pegajoso, que ya iba a enterarme de veras lo que eran los mosquitos. Aun así, yo lo metí en una bolsa de deporte que mi hermano había sacado de vaya usted a saber dónde, que ponía Adidas, y que en mi barrio vendían en cualquier calle por unos pocos soles.

Me rondaban imágenes mezcladas del pasado, del presente, del futuro, como cartas caídas del cielo. Seguí con mi llanto ahogado, llena de ira contra mí misma, había traicionado a mi amiga, la había dejado tirada en medio de la más absoluta desolación. Yo, que tanto la quería. No podía dejar de sentirme culpable de haberle sobrevivido.

- Muchacha, deje ya de llorar -me pidió el conductor. Un hombre que resultó ser amable, sobre todo con mi tía Rous.
- Me llamo Luna -repliqué.

- Muchachita Luna, de nombre bello, deje de llorar -me dijo, queriendo darme ánimos-. Ha salvado la vida y ahora podremos llegar a donde usted trabaje para ayudar a su mamá, con toda esa plata que se va ganar.
- ¿Cuánto queda para llegar? -pregunté.
- Muchas horas aún. En este cachivache viejo vamos a tardar el doble que en el carro grande, pero llegaremos.

Me miró de nuevo con aquella sonrisa que me molestaba, dejando entrever algo verde entre los dientes. Pensé que sería forastero porque se llevaba la bola de hojas de coca de un lado a otro de la boca para espantar el mal de altura, que aquí decimos soroche. En mi pueblo, los más viejos chacheaban, que es como llamaban ellos a masticar. Mi madre acostumbraba a hacerse el té con las hojas, pero nunca las mascaba. Decía que lastimaba la boca por dentro, como con quemazón.

- Pero ¿falta mucho todavía? -insistí.
- Nunca se sabe. Si dejara de llover podríamos amanecer en el poblado. Si no, tendremos que parar y llegaremos mañana a la hora del almuerzo -dijo-. Pero duérmase, muchachita, mientras tanto.

Levanté una esquina del plástico amarillo que cubría aquella moto venida a más, y la lluvia ahora más recia me golpeó el rostro. Así seguí durante un rato, imaginando que, en otras trimotos, muchachitas como yo viajarían dispuestas a cambiar de vida, contentas de trabajar y de poder mandar soles a sus familias, felices de mejorar la existencia de sus madres, hermanas y hermanos. Vidas como las de Yanai y la mía, desgarradas por la pobreza.

La trimoto significaba fortuna. La fortuna de haber salvado la vida. La fortuna de trasladarme hasta ese lugar en el que dejaría de ser una pobre para ser una trabajadora.

- Luna -terció mi tía-, llegaremos al poblado y descansará un rato. Pero mire de dormir ahora, por si al llegar no tuviera tiempo, que allá le esperan y ya vamos con un día de retraso de lo convenido.

- Tengo dolorido todos los huesos, tía, y la boca la llevo ardiendo –me quejé-. No puedo dejar de pensar en Yanai. Estoy deseando trabajar pero no creo que sea capaz de servir mesas después de este viaje. Cuando llegue quiero dormir en una cama.
- La tendrá, pero primero debemos presentarnos en el poblado y conocer sus necesidades. Tenga, coma y tómese esta pastillita que le ayudará a dormir. Ya verá como el camino se le hace más ligero.

Me dio una especie de sándwich, tan machacado como había quedado el carro. No lo había comprado en ninguna *sanguchería* cusqueña. Sin duda, lo había preparado ella misma para un viaje menos hostil. Mi tía era experta en lo que en mi provincia decían *sánguches* de pavo, en panes redondos con el pavo bien asado y todo tipo de salsas. La mayonesa de aquel se había escapado. Pero aplastado y con aquel aspecto de viejo, como el que empezábamos a tener nosotros, así y todo hice esfuerzos por no poner atención a mi lengua malherida y comí con hambre. Tragué también la pastilla que me ayudaría a dormir y olvidarme por un rato de la lluvia que me mantenía despejada.

- Cierre esa cortinilla, no más. ¿Acaso quiere que la vean? –dijo el chofer contrariado.

¿Qué mosca le había picado? Por un momento sentí que éramos delincuentes a quienes pudieran descubrir, más que trabajadores deseosos de ganarse la vida.

- Termine el *sánguch*, Luna, y duerma –ordenó mi tía-. Solo así podrá empezar a ganar platita nada más llegar al poblado. Le va a gustar sentirse mayor y estar entre mayores.

Cómo explicarle que era incapaz de dormir. Es más, que no quería, que ni siquiera su píldora milagrosa podría hacerme efecto después de lo que habíamos pasado. Cómo decirle que mi vida que esperaba feliz, estaba y estaría mucho tiempo teñida de sangre y dolor. Cómo contarle que ya no me veía trabajando en un lugar desconocido sin mi Yanai, por mucho que mi tía Rous insistiera en que ella estaría cerca. Que al fin y al cabo ella era mi

familia y no sé cuántas bobadas más me decía. Cómo explicarle cuánto me dolía la lengua y la sangría de mi corazón. Nunca había escuchado a mi tía ni a mi madre hablar del amor de una amiga como el que sentía yo por Yanai. Las palabras y los gestos de mi tía Rous los veía como los de una persona desalmada. Cómo pretendía que durmiera tranquila. Incluso ese deseo suyo me hería en lo más profundo.

Se me agolpaban las imágenes interrumpidas por el repicar de las gotas sobre el plástico. Sonaban como piedras, un verdadero suplicio. Ya no era lluvia fina, arreciaba y se había levantado algo de viento. Aquel cacharro se movía como un juguete. Y el conductor no paraba de quejarse mientras mi tía le recriminaba, primero que manejaba muy deprisa, para dos minutos más tarde pedirle que se apurara porque se nos echaba el tiempo encima.

Así de caprichosa había sido siempre ella. Mi tía Rous, tan diferente a mi madre, era coqueta y guapa. Y era alta. «Como de otra familia», solía decir mi mamá. Ella –que no se quitaba las zapatillas y los tejanos viejos que, eso sí, marcaban bien sus posaderas, y un polo, «qué otra cosa me voy a poner yo para fregar, niña»– admiraba las lindas ropas y los tacos altos de su hermana, cuando muy de tarde en tarde venía a visitarnos con regalos y con bebidas que, según mi madre, le regalaban los clientes, esos señores a los que ella servía la mesa o a los que hacía la comida que después se vendía en su bar.

Intentaba dormir, pero me distraían las risas de mi tía con las lisonjerías de aquel bobalicón que tocaba sus piernas y, entre carcajadas, levantaba su falda bien ceñida que llevaba ella tan orgullosa como si fuera una estrella.

–Cómo quieren que me duerma si no callan –protesté–. Debería dormirse usted también, tía.

Todo se había sucedido bien rápido. De un manotazo, nuestros sueños se habían roto. Nos había expulsado el accidente. Como antes nos había expulsado a Yanai y a mí la que había sido la ciudad soñada, Cusco. Allí fuimos a trabajar tan contentas. Nuestras familias habían aceptado, movidas por la fuerza de los acontecimientos y las injusticias. Con catorce años recién cumplidos nos

trasladamos desde Ocongate hasta la que llamaban capital andina para probar suerte de adultas en el restaurante que Odalis, la hermana de Yanai, regentaba allá.

Nada salió como habíamos planeado, como si las muchachas de pueblo no tuviéramos derecho a una vida mejor. Nos habían invitado a vivir con aquella nueva familia, en una casa sencilla pero mucho mejor que la de Yanai; un palacio en comparación con las que yo había conocido. Quién se iba a imaginar que aquel sucio cuñado de Yanai iba a enamorarse de ella hasta el punto de intentar violarla una noche en la que él había tomado demasiada cerveza.

No bien se enteró la esposa –como para no enterarse, pues mi amiga chillaba como una rata–, en lugar de obligarle a él a salir de la casa decidió que quien debía irse era su hermana pequeña y, en consecuencia, yo misma. Y bajo amenazas nos prohibió contar nada en el pueblo. Hubiera sido una vergüenza. Ni siquiera mi tía, a pesar de habernos rescatado, conocía bien cómo había sido la historia.

El miedo y la incertidumbre me invadían el alma, y el sonido de aquella lluvia asquerosa, repiqueteando con insistencia el plástico de mi ventanilla, amenazaba con meterse en el carro. Lo mismo debía de pensar el chofer cariñoso, cada vez más osado. No contento con las piernas de mi tía, le agarraba la mano y se la llevaba hasta su entrepierna. Cuando se acordaba se zafaba del juego, golpeaba con el puño el plástico y el agua acumulada caía de una vez por su lado, mojando de paso mis pies ya entonces entumecidos.

Con los ojos cerrados me entretuve en escuchar el sonido de los carros avanzando bajo la lluvia. Más penetrante era el sonido metálico del motor ronco de tanta trimoto junta. Aquel concierto metálico y acuático me devolvió el recuerdo de la última vez que Yanai y yo fuimos a bañarnos a la cascada en Urubamba, en el valle sagrado. También ese día habíamos ido en trimoto, pero en la de su hermano bello.

Sin querer se me coló en la memoria otro viaje, ese no en trimoto, sino en autobús, con mi madre y mi hermano. Escapábamos de

Lima, huyendo de las palizas de mi padre que tenía la costumbre de desaparecer por días, pero cuando regresaba andaba ebrio y pegón. En mitad de aquella ceguera violenta ni siquiera se daba cuenta de si me pegaba a mí o a mi hermano. Tenía la fuerza de su parte, era fácil pegar a unos niños de apenas ocho años.

Un rebaño de alpacas frenó mis pensamientos, nuestra moto hizo lo mismo para dejarlas pasar. Tras ellas apareció corriendo su pastora vestida con una frazada rosa y en la cintura varias polleras superpuestas, amplias y largas, de colores oscuros y debajo un par de pantalones que la protegían del frío. Llevaba un sombrero marrón de ala ancha y plana y unas largas trenzas recogidas detrás de las orejas. La pobre mujer peleaba con un paraguas casi deshecho que a duras penas podía resguardarle de la lluvia. En la otra mano movía un palo amenazante para que las alpacas se apuraran en abandonar la carretera.

Mi tía disfrutaba del espectáculo. La verdad es que siempre me han parecido animales bellos, con cuellos largo de camello, cuerpos color arena y patas blancas. Gritaba: «¡mira esa! ¡Qué linda!». Le hizo mucha gracia una que tanto se acercó al carro que parecía que iba a entrar a visitarnos.

- ¿Dónde comerán las llamas con esas montañas tan peladas?
- preguntó el bobo del conductor. Era la primera cosa inteligente que le escuchaba decir.
- No son llamas, son alpacas -le corrigió mi tía.

A punto estuve de hacerle la misma pregunta a la pastora, cuando el ganado en bloque salió disparado hacia el campo dejando la carretera libre para continuar el viaje.

- ¿Se imagina, muchachita, usted así vestida, acá con las alpacas, viviendo no más de vender queso? -me preguntó mi tía- ¿Qué dice? ¿Quiere quedarse con ella? A lo mejor hubiera preferido quedarse con su mamá.

Decidí no contestar a aquella maldad. Así era mi tía, dando donde más dolía. Mi mamá, mi pobre mamá, que no tenía llamas, que no tenía ovejas, que no tenía vacas. Mi mamá no más limpiaba en casas y bares del centro. Casas que yo me extasiaba

mirando y que tanto iba a llevar en mis recuerdos, con sus balcones de hierro pintados de rosa o de azul o de morado. Mi mamá que buscaba cómo ganar soles cada día, incluidos los domingos. Ese día lucía más bonita que ninguno porque era el de fiesta, en el que ella trabajaba también a su manera pero vestida de gala.

A las cinco de la mañana se andaba en bus más de una hora para llegar a Cusco, porque era la jornada que elegían para sus visitas los turistas. Y ella se disfrazaba de quechua para ellos. Y se andaba hasta la plaza Imperial, que le dicen, como otros muchos pobres cusquianos, para dejarse fotografiar a cambio de unos soles. Por encima de su tejano y su polo se ponía varias polleras, hasta construir la típica silueta andina de faldas tableadas y jerséis de colores vivos escondidos tras telas multicolor de franjas rosas y escarlata, que algunas llevan como pañuelos y otras usan para envolver y acarrear a sus niños o cualquier tipo de mercancías. No le faltaba detalle. Se coronaba con su típico sombrero plano, con flores estampadas en el centro, rodeado de flecos verdes, a modo de cortinilla. Le añadía el saco de rayas rosas, azules y amarillas, y posaba como una estatua con vida. Callaba y miraba. Si le preguntaban, ella les contaba dónde comprar alguna ropa similar a la suya, pero nunca más volvió a contar que los españoles saquearon la ciudad –porque ya una vez un turista de esos que ven las calles y la vida a través de una cámara le había escupido en la cara–, esa ciudad conquistada por Pizarro en 1533 –que creo yo que es la única fecha que he retenido de la escuela–, para fundar después la capital colonial, Lima, mi ciudad de nacimiento.

La pobreza te hace perder la dignidad y la memoria, pero ella recordaba muy bien el discurso que tenía que dar si alguien le pedía que contara la historia de Cusco, a cambio de unos soles de propina. «Según la leyenda, esta ciudad fue descubierta por el primer inca, Manco Capac, la señaló como el ombligo del mundo (*qost'o* en quechua), un lugar en el que él podría clavar una espada de oro en la tierra hasta que desapareciera, esta ciudad fue capital del imperio más grande del continente americano».

Mi madre se prestaba a ese juego burdo de tarjeta postal para que nosotros pudiéramos comer. No era la única. Iba con amigas. Cada una se apostaba en una esquina de la plaza. Cada una

hacía lo que sabía. Algunas tejían. Otras vendían *souvenirs*. Otras llevaban a los hijos para que vendieran con ellas. Pero mi madre no sabía tejer. Y para vender recuerdos de la ciudad, antes tenía que comprarlos y ella jamás alcanzaba a conseguir esos soles que le hubieran permitido hacer negocio. Los pocos que lograba iban a nuestras bocas, a nuestra pobreza. Y jamás nos hubiera llevado a pasar los domingos en la plaza como reclamo turístico. Comprendí muy pronto que en su inteligencia básica no quería, ni por asomo, que mi hermano y yo siguiéramos sus pasos.

El domingo limpiábamos nuestro pequeño habitáculo y estudiábamos. Cómo no iba a sentirme entusiasmada con la idea de que por fin había llegado mi momento de llevarle mi platita y que ni siquiera tendría que ponerme esos disfraces que ella usaba, que no se quiere esa ropa para ser mesera.

Según mis cálculos, andábamos por el mediodía. No tenía reloj, yo nunca tuve un reloj. Y además no lo necesitaba, no más tenía mi celular, pero ya ni celular tenía porque se había hecho pedazos. Recorríamos tramos de carretera con pedruscos enormes y grises. De vez en cuando asomaba un río. Había cambiado mucho el paisaje en cuestión de poco tiempo, o es que yo había dormido más de lo que reconocía, pues mi última visión era la de parcelas rojizas, salpicadas por el verde de algunos eucaliptus y de otras siembras, con la nieve como telón de fondo. Hacía más frío. Mucho más frío que en Cusco, tal vez por la humedad producida por la lluvia, según mi tía. Solo quería parar, parar o llegar. Parar y regresar. Y saber de Yanai o telefonar a mi mamá. Quería llamar a voces a aquella gente que veíamos junto a la carretera, gente que tendría casa y que tendría hijos.

La carretera era un sinfín de curvas. De rebaños. Y de obras. Habíamos tenido que parar de nuevo por culpa de unas ovejas y unas vacas, pero esta vez además para comprar algo de comida. No por mí, estoy segura, sino por mi tía que pidió un queso a aquella *chola* de mirada dulce sombreada por un gorro blanco, muy alto, de cinta marrón, contra un sol inexistente, tapada hasta arriba pero con chanclas.

Varias curvas después, en lugar de un rebaño de ovejas nos paró un grupo de hombres vestidos de naranja, haciendo trabajos,

rompiendo piedra, reparando. Nos dieron el «pare» y sería incapaz de interpretar el tiempo que permanecemos quietos hasta que nos dieron el «pase», porque, ya con el estómago lleno y el cuerpo templado por el queso, aunque nos halláramos a una altura importante logré dormir un buen rato.

Escuché alguna risa del bobo y alguna conversación insulsa de la tía que se empeñaba en que aquellos obreros aprendieran a pronunciar su nombre como a ella le gustaba (Rouse, insistía, arrastrando bien la ese, aunque se llamaba Carmen Rosa y todo el mundo la llamaba Rous, a secas). Pero no podría asegurar ni cuánto ni hasta dónde duró la tontería. Solo que yo desperté y tenía los ojos pegados de legañas porque no había parado de llorar durante el sueño, o más bien desde el accidente. Me despertó el claxon de un autocar de turistas que tocaba y tocaba y se nos acercaba cada vez más deprisa al entrar en una curva y que pensé que por un momento iba a engullirnos.

En mi particular amanecer, lo vi pasar despavorido. Parecía una película de coches persiguiéndose sin posibilidad de adelantarse.

Como si fuéramos todo un grupo de excursionistas, nos hermanaba la carretera a aquel autobús de turistas, un camión de hombres de pie, que seguro que iban a trabajar en el siguiente tramo de obra, un par de todoterrenos y nosotros en nuestra trimoto desde la que me sobrecogía al ver aquellos riscos, majestuosas montañas y precipicios por los que podríamos despeñarnos al mínimo descuido.

–¡Chucha! –exclamó el bobo, llamando nuestra atención, mientras disminuía la velocidad y nos señalaba un bicharraco enorme.

Fue como una visión, una señal, pensé yo, de que todo nos iría algo mejor. Frente a nosotros, hurgando en el cadáver de un animal, teníamos la fotografía viva de uno de aquellos maravillosos pájaros de cuello blanco que, al descubrirnos, presumió en su vuelo de los flecos de sus alas, como los de las mantas que usaban muchas mujeres en mi pueblo, a la manera de faldas para paliar el frío. Aquel pájaro nos mostraba la inmensidad de un infinito que aún creía posible, que me acercaba al cielo, tal vez

a un dios, seguro a las nubes, esperando al sol, como esperaba que fuera mi vida. Nunca antes había visto tanta belleza de cerca.

- Niña, ¿usted ya sabe dónde estamos? -preguntó mi tía.
- Pues cómo no, en la carretera.
- Ya, ¿pero en qué lugar de la carretera? No debemos de andar lejos de los Andes -dijo, riéndose de una ocurrencia tan simple como aquella-. Por eso ha visto ese cóndor pequeño, algo despistado parece.
- ¿Allá donde vamos hay pájaros como ese? -pregunté con emoción.
- No, mi alma, allá con un poco más de suerte de la que hemos tenido hasta ahora podremos ver algún guacamayo no más.

Junto a la carretera, el sonido de un río se mezclaba con el de nuestro motor, y no sabía si volver a dormirme o si gritar y llorar más fuerte para acallarlo. Así que saqué la cabeza y bramé: «¡Yanai!». Quizás el cóndor podía conducirse hasta su alma y transmitirle un mensaje de esperanza. Mi tía rio con la ocurrencia. Volví a gritar: «¡Yanai!». Una persona me saludó con la mano, como si hubiera dicho su nombre, que dudo yo que así se llamara y no más confundiría mi grito dramático con un saludo amistoso.

- ¿No estará viva, tía Rous? A ver si nos hemos ido pensando que estaba muerta y resulta que está viva. ¿Y si la entierran?
- Muchacha, no sea tozuda, que Yanai estaba más muerta que muerta. ¿Acaso no vio la cantidad de sangre que botaba?
- Podrían haberle cortado la sangre y haberle salvado.
- No respiraba -explicó tajante, dando por zanjadas la conversación y mis dudas.

Sentía dolor, aunque por alguna extraña razón me había desaparecido el remordimiento que tuve al principio por no haber sido yo la muerta. Intentaba pensarlo. Imaginaba la escena al revés: yo muerta y mi amiga viva, viajando con mi tía. Lo rechazaba. Ni siquiera podía pensarlo. Tenía demasiados problemas en mi familia como para querer dejar sin mi plata a mi madre que tanto se había sacrificado por mi hermano y por mí. Mi pobre mamá. Quería que yo trabajara, pero su intención era siempre que encontrara algo cerca de casa. Hay que ver qué empeño tenía en

que escuchara los avisos radiofónicos de trabajo que se oían en el mercado. Cada semana me mandaba ir con la esperanza de que uno de ellos fuera en el pueblo. Cada semana volvía yo proponiéndole aceptar o probar al menos alguno de los que había escuchado. Siempre lo mismo: se trataba de trabajos de damas de compañía o de otras labores en las minas, trabajos que decían que rendían mucho y que uno podía hasta comprarse una casa. Y siempre la misma rabia de mi hermano que gritaba como un animal a mi madre, pidiéndole que no lo permitiera, que él sabía de niñitas como yo que habían sido engañadas, que luego esos trabajos no eran los prometidos, sino de bares en los que las pobres ejercían como putas. Yo no lo creía. Siempre pensaba que él solo pretendía que yo me quedara para trabajar en la casa. Aquel enojo suyo insistente y sus continuas advertencias habían tenido la culpa de que Yanai y yo hubiéramos acabado en el restaurante de aquel cerdo violador.

Mis lágrimas no se veían desde el arcén, ahí donde comenzaban a acumularse hileras de casas bajas, con unos colores muy finos, decía mi tía, entre los que predominaba el verde que yo confundía con el mar que no había vuelto a ver desde mi marcha de Lima. Muchas. Muchas casas. Agolpadas a orilla de la calle, que era a su vez carretera y lugar de paseo, unidas por bares en los que había gente que comía viendo la televisión en grandes pantallas instaladas fuera. Casas o cantinas, con sillas azules de plástico y rejas de madera, cada una de un color.

Por primera vez me avergonzó tener una ilusión, tan triste como estaba, tan dolorido aún el cuerpo, con la lengua todavía algo abierta, con el alma en carne viva y el recuerdo de la sangre asaltando cada pensamiento, bueno o malo. Entre las casas, el verde de los árboles susurraba canciones de vida donde aún latía la muerte. Volvimos a pararnos por culpa de un camión que repararía víveres. Descargaba comida pero también recogía cosas y animales. Vi a una señora subir a un cachorro, no pude averiguar si era oveja, llama o gato. Al rato se bajó mi tía y yo la seguí, dejando al bobo en el carro por si los coches se movían. Ella pidió algo de comer, como si fuéramos pobres. Nos dieron *sánguches* de pavita y queso y unos vasos plásticos, que mi tía decía que parecían de tomar medicina, llenos de cerveza. Tanto tiempo estuvo aquel camión parado que me dio tiempo a llevarle al bobo otro sándwich y una cerveza.

–Aprenda a traerla sin tirarla, que así se va a ganar la vida enseguida –me reprochó.

Y yo hice ademán de derramarla, para gastarle una broma que al parecer no le hizo ninguna gracia.

–Allá donde va a trabajar no podrá hacer esas bromitas –dijo el bobo, resoplando–. Por cada cerveza que se beba un parroquiano usted se llevará plata.

–¿Por cada una me pagarán? –pregunté.

–Sí, dos soles. Así que, ya sabe, menos juegos.

La cerveza me dio sueño. Miedo me causaba tener que beber con aquellos hombres que supuestamente iban a pagarme por tomar con ellos. Si me dormía con una cerveza, ¿qué iba a ser de las noches?

Me adormilé con la ensoñación de las tardes de voley que habíamos disfrutado Yanai y yo. Ella era más alta que yo y jugaba mejor. Pero estaba muerta. Y sentía esa especie de hueco en el estómago, que no es de hambre sino de un vacío profundo en las entrañas. Grité de nuevo: «¡pare!». Saqué la cabeza fuera del plástico para vomitar. El bobo no se conmovió, estaba cada vez más enojado conmigo.

Puso de nuevo la trimoto en marcha con cara de pocos amigos, mientras levantaba la falda a mi tía que reía con la misma risa que al principio del viaje, haciéndome notar algo que hasta entonces no había sentido, una impresión de complicidad, de un trato excesivamente cercano entre ellos dos.

El bobo se vio obligado a parar de nuevo. Y no por mis vómitos, ni por la repetida amenaza de hacerme pis encima, sino porque la policía le ordenó detenerse.

Salí apurada hacia al campo para hacer fuera lo que debí hacer en aquella pútrida trimoto. Un agente bien gordo se acercó al bobo, le pidió papeles, y algo dijo sobre la velocidad de aquel cacharro abollado y viejo. Nada grave. Con la policía de mi país nada suele ser grave si haces las cosas como ellos gustan. El chofer

y mi tía fueron rápidos en complacer a aquel «agente gorila», pensé, defensor de la carretera. Cuando regresé a mi asiento, el policía bromeaba con mi tía, que de nuevo se había arremangado su falda felina. El bobo también reía. Solo entonces, viéndole de frente, descubrí que aquella cara de bobo era más cara de bobo por la falta de varios dientes. Y empecé a conocer la sensación de asco que desde entonces no me ha abandonado cuando veo o pienso en dentaduras melladas, viejas o sucias.

–Y la niña, ¿también va con usted, belleza? –preguntó, a medio camino entre piropeador y justiciero.

–Pues claro, señor, no ve usted el parecido que tiene con su madre.

El bobo no esperó siquiera a que el agente diera por buena su explicación y brindó a la carretera el ruido bronco de aquel cacharro que expulsaba una nube de humo negrísimo cada vez que aceleraba.

No pregunté a mi tía a cuento de qué venía aquella mentira. Tampoco me importaba. La quería como se quiere a ese miembro de la familia que te es cercano precisamente porque de continuo se aleja, que te mimas cuando llega y te ignora si no está. Ni más ni menos era lo mismo que me había ocurrido con mi padre ausente. Y en el caso de mi tía, era ella quien me había sacado de la miseria de la casa materna para que progresara yo como lo había hecho ella, aunque yo me prometía no vestirme nunca como de puta vieja.

Caía el sol. Calculaba, erróneamente, que estaríamos ya muy cerca de Puerto Maldonado, allá donde se suponía que trabajaría. Y volvía a ver más carros. Me quejaba del cuello y de mareos, según mi tía lógicos tras el golpe.

En esa especie de borrachera sobria, recordaba el día que conocí a Yanai, recién llegada yo a Ocongate, con complejo de limeña, a una casa de mala muerte del barrio artesano de San Blas, pero que en comparación con el lugar en el que vivíamos en Lima era de lujo. Apenas los ocho años recién cumplidos.

–¿Qué día naciste tú? –me había interrogado al minuto de conocernos, con el tono que utilizan los niños cuando creen hacer preguntas importantes.

- El tres de agosto. ¿Y tú? -le pregunté.
- El cuatro de agosto -contestó riendo de manera histérica, sabiendo que aquella cercanía en el nacimiento tenía que ser importante y para siempre.

Pronto descubrimos que nos unía mucho más que aquellas escasas veinticuatro horas, y a pesar de las distancias de nuestros rasgos, tan andina ella, aunque alta para lo que se veía en Ocongate, tan canela yo, más espigada, y un día mayor, lo que a esa edad me hacía sentirme importante. Yo me reía contemplando la manera típicamente cholita con la que cruzaba sus manos de india, que, si bien no tenía tan mullidas como la mayoría, las reposaba siempre sobre su regazo bajando la mirada hacia ellas, como habría visto hacer a su madre, y antes a su abuela. Su cara enmarcada con su sombrero colorido que pronto entendí necesario para proteger la cabeza de aquel sol que, a más de tres mil metros de altitud, quemaba hasta las ideas. Ella se burlaba de que yo no quisiera tapar mi negra cabellera, suave, larga, brillante, como de muñeca, decía, aunque justo era aquella melena andina, de la que tanto me gustaba presumir, lo que más parecido a mí tenía ella.

- ¡Luna, mire el cielo! -exclamó mi tía Rous, regresándome al presente.
- ¿Está amaneciendo o anocheciendo? -pregunté mientras intentaba poner cada hueso en su sitio, dolorida como un perro.

La risa estúpida del bobo provocó que la trimoto diera un traspiés que divirtió a mi tía.

- Pero, muchachita, ¿está usted tonta? Si acaba de dormirse. Aún no se hizo noche del todo -dijo escarbando con sus dedos su falso pelo rubio, al tiempo que con la mano izquierda bajaba la falda, que había trepado por sus piernas hasta alcanzar el monte de Venus, dejando entrever la cumbre ataviada a juego con sus ropas de tigresa.

La miré con agradecimientos, porque ella me había comprado mi primer juego de sostén y trusa, que llamaba pantaletas, palabra que había aprendido en su estancia en Venezuela. Fue mi primer

conjunto de señorita, que ella me dijo era bueno para seducir a los chicos y para que yo me viera linda, uno de blonda de colores verde y rojo con la trusa bien en tanguita, que era el que había metido en mi equipaje junto a otro de algodón blanco y uno de rayitas que a veces usaba también para bañarme en el río.

Tanto pensar en los juegos de interior me hizo olvidar la razón por la que mi tía me había despertado. Abrí el plástico y miré al cielo. La visión de aquel espectáculo me sobrecogió. La lluvia había desaparecido, también el frío que nos había acompañado durante todo el viaje. Sobre el firmamento, como pintado a mano, se extendían unas líneas gruesas del color de la lavanda, alternándose con otras de un rosa ciclamen que llegaban a tocar la línea del horizonte. El sol descendía despacio, una gran bola de fuego anaranjado despedía su imperio reflejándose por última vez en aquel espejo de agua que teníamos enfrente.

Ni siquiera tan singular belleza pudo con mi llanto que estalló con la misma intensidad, rabia y virulencia que recién sufrido el accidente. Si cabe con más fuerza. A cámara lenta volví a ver las imágenes del chancho, la sangre y mi Yanai muerta. Y de pronto, fuera de mí, grité asustada:

– ¡Mi documento! ¿Dónde está mi documento?

Recordé que, nada más salir de casa, el conductor del carro accidentado nos había pedido nuestra cédula de identidad, no fuera a ser que la perdiéramos. Pero aquel hombre estaba muerto y a cientos de kilómetros de distancia.

– No se preocupe por eso, Luna –me tranquilizó mi tía–. Allá donde va a trabajar los documentos se hacen nuevos por unos cuantos soles. Muy pronto tendrá nueva documentación y guardadita, para que no la pierda.